

Hasta que pueda matarte II
JOSÉ SOTO CHICA
**TU SANGRE
EN MIS MANOS**
novela histórica

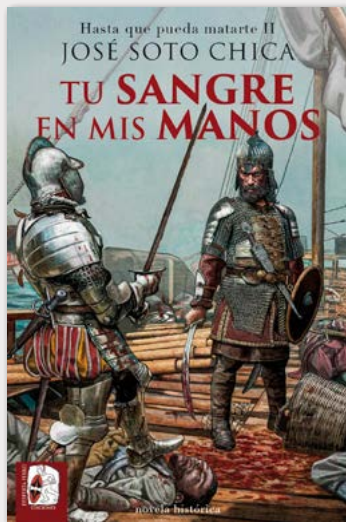


DOSIER DE PRENSA

DESPERTA FERRO EDICIONES

Dumas en el corazón de las tinieblas

En medio de la feroz rivalidad entre los imperios español y otomano por la supremacía en el Mediterráneo, *Tu sangre en mis manos*, segunda parte de *Hasta que pueda matarte*, desata una tormenta de intrigas y batallas épicas. Mientras las espadas chocan y la sangre tiñe las aguas, Mehmet, un astuto jenízaro, y su enemigo José de Monteagudo, se enredan en un juego mortal de honor y venganza. Una novela de capa y espada que navega en las procelosas aguas de lealtades y traiciones, de amores, sacrificios, demonios internos y la lucha por la supervivencia en un mundo marcado por la violencia y la intriga política al tiempo que reflexiona sobre el precio de la guerra y la búsqueda de la identidad en tiempos de crisis.



Tu sangre en mis manos
978-84-129847-6-7
504 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 24,95 €

Se han perseguido y acuchillado en las Alpujarras y en Lepanto, han perdido por culpa del otro a los que amaban, se han infligido heridas demasiado profundas como para que cicatricen... Sí, José de Monteagudo y Mehmet al-Rumi tienen motivos más que sobrados para odiarse y para buscarse, como imanes de rencor. Pero ambos son piezas en un juego más grande, mucho más grande: el que enzarza a los dos mayores imperios de la tierra, la España de Felipe II y el Imperio otomano de Selim II, y que hace bullir el Mediterráneo de galeras, corsarios, renegados y espías.

En *Tu sangre en mis manos*, segunda parte de la saga que arrancó con *Hasta que pueda matarte*, nos adentramos en esas dos pugnas paralelas, la de los hombres y la de los imperios, obsesionados unos en acabar con los otros. Las intrigas del harén del sultán en Constantinopla y las escaramuzas navales en Modón y Navarino; los espías, las conjuras, las batallas y los duelos que se suceden de modo trepidante; hombres y mujeres que son llevados al límite. Y, a su alrededor, toda una constelación de grandes personajes, retratados en su tiempo y sus pasiones: el joven don Juan de Austria y el imbatible Álvaro de Bazán, el astuto corsario Ulug Alí y Nurbanu, la favorita del sultán, el intrigante banquero sefardí José Nasí y la misteriosa espía veneciana Angela Dominica... Y todo con el nervio narrativo y la carga humana de un maestro de la novela histórica, José Soto Chica.

José Soto Chica fue militar profesional y estuvo destinado a la Misión de Paz de la ONU (UMPROFOR) en Bosnia Herzegovina. Un accidente con explosivos le costó una pierna y lo dejó ciego, lo que le llevó a reencauzar su vida hacia su verdadera pasión, la historia. Apenas un año después del incidente se matriculó en la Universidad de Granada, y en la actualidad es doctor en historia medieval acreditado como profesor contratado doctor, e investigador del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de la Universidad de Granada. Es autor de más de setenta artículos y capítulos de libro en obras especializadas y ha publicado seis libros de historia, entre los que destacan *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*, *Visigodos. Hijos de un Dios furioso*, *El águila y los cuervos. La caída del Imperio romano y Leovigildo. rey de los hispanos*. José Soto Chica también es autor de novela histórica, con obras como *Bajo el fuego y la sal*, *Egilona, reina de Hispania*, *El dios que habita la espada*, que recibió el Premio Edhasa 2021, *Pelayo. La novela del héroe que salvó Hispania*, *Hasta que pueda matarte* y *Tu sangre en mis manos*. También ha recibido el premio honorífico Hislibris 2020 por su carrera literaria.



En librerías el 5 de noviembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

LAS CLAVES DEL LIBRO

Vuelve José Soto Chica a la novela en Desperta Ferro Ediciones y con una entrega que promete mantener de nuevo atrapados a los lectores siguiendo las andanzas de dos personajes que buscan cumplir su venganza.

Lepanto no fue más que una etapa en la lucha secular entre dos imperios: en esta novela la guerra continúa, ya sea en una agreste región del Peloponeso como frente a las fortalezas de Modón y Navarino.

Una entrega que ofrece más duelos y que a las aventuras suma el fino aroma de los ardides que se tejen en secreto en los palacios de los poderosos dispuestos a todo para derrotar a sus enemigos.

En esta ocasión nos adentraremos en los palacios del sultán otomano y las estancias del Palacio Ducal de Venecia, y seremos testigos de cómo se manejan los entresijos de la alta política.

José de Monteagudo y Mehmet al-Rumi bruñen sus aceros para volver a enfrentarse, acompañados de nuevos aliados, con el objetivo de acabar el uno con el otro por el bien de sus imperios.

No solo los hombres conspiran y luchan: también en el harén imperial turco, en los servicios de espionaje de la Serenísima República y en los Tercios españoles hay mujeres dispuestas a arriesgarlo todo para conseguir lo que se proponen.

Como en la anterior entrega, los personajes históricos –de don Juan de Austria a don Álvaro de Bazán, de Ulug Alí Pachá al joven Alejandro Farnesio– tienen especial relevancia en la trama. ¡La Historia supera a la ficción!

Para aquellos lectores que se quedaron con ganas de más aventuras y duelos, con más intrigas y más venganzas, *Tu sangre en mis manos* es la lectura que les mantendrá atrapados hasta el final.



¿Sabías que la ilustración de la cubierta es una obra de arte analógico, sin rastro de IA? Ha sido creada por el artista gallego Pablo Outeiral, portadista habitual de las revistas de Desperta Ferro. Disfrútala y recrea en sus detalles.





EL CONTEXTO HISTÓRICO

Y después de Lepanto, ¿qué?

Tras la victoria en Lepanto, el 7 de octubre de 1571, las elevadas bajas de la Liga Santa, la falta de víveres y la proximidad del final de la temporada marítima desde noviembre, acompañados del mal tiempo, impidieron que los cristianos se apoderaran de algún puerto en el Peloponeso, por lo que se dio por terminada la campaña de ese año. El triunfo naval sobre los otomanos se quedó en solo eso: el poder terrestre de los turcos siguió incontestable. Felipe II tenía como objetivo el norte de África, mientras que los venecianos ansiaban atacar Levante y recuperar Chipre. El capitán general de la Liga Santa, don Juan de Austria, era consciente de que debía armonizar ambos propósitos. La muerte del papa Pío V en mayo de 1572 privó a la Liga de su principal valedor, pero su sucesor Gregorio XIII avaló la continuación de la empresa.

Por su parte, el sultán Selim II ordenó a Ulug Alí reorganizar los buques otomanos supervivientes y vigilar los movimientos de la flota enemiga en un eventual ataque a las regiones costeras del Peloponeso y el Egeo. Ulug Alí, designado almirante de la armada otomana (*Kapudan Pachá*) y gobernador general de Argel, se puso manos a la obra. En el invierno siguiente, los astilleros principales en Estambul, Galípoli, Izmid y Sínope, así como los arsenales menores del mar Negro y del Mediterráneo construyeron un centenar de naves; además, los árreces de *levendat* o leventes se prepararon para construir y reparar sus naves. De este modo, 234 galeras, 8 galeazas y 300 *çekdiri* o barcos a remo zarparon del Arsenal imperial el 13 de junio de 1572 bajo el mando de Ulug Alí Pachá.

En Corfú apenas había para unas pocas galeras cristianas, pues el grueso de la flota española seguía amarrado en Mesina, a la espera de una estrategia a decidir; Felipe II, por ejemplo, seguía contemplando un ataque a Argel. Hasta entonces no se esperaba que los otomanos pudieran presentar una nueva armada, pero a la postre fue así; y los problemas de España se agudizaron con la reanudación de la revuelta en los Países Bajos: en abril los Mendigos del Mar se apoderaron de los puertos de Brielle y Flesinga, y ya se estaba al tanto de que Francia negociaba discretamente no solo con los otomanos, sino también con Inglaterra. Había que darse prisa, pues.

Por su parte, Ulug Alí no planteaba entablar una nueva batalla, sino mantener al enemigo alejado del Peloponeso y conservar intacta su propia flota mediante una estrategia defensiva que se articula en torno al eje que formaban Candia (Creta), Zante, Cefalonia, Navarino y Modón. Mientras, don Juan de Austria dilataba los planes para la campaña de 1572, ya a punto de empezar el verano, a la espera de la decisión tanto del rey español como del nuevo papa romano, lo cual enojó a los venecianos. Puede que ya entonces Venecia ya estuviera valorando

abandonar la Liga Santa y negociar una paz separada con la Sublime Puerta.

La partida se juega en Modón y Navarino

El 1 de agosto, tras batirse cerca de la isla de Cerigo en una serie de duelos parciales no decisivos, se reúnen todas las naves de la flota de la Santa Liga en Corfú, con la excepción de las genovesas: 195 galeras, 25 galeotas, 8 galeazas y otras 24 naves. Frente a ellos, en Navarino, Ulug Alí tenía dispuestas 218 galeras y 59 galeotas, pero recibió órdenes del sultán SelimII de salvaguardar sus naves en caso de que las flotas española y veneciana se unieran en combate; en caso contrario, podía ser más agresivo contra las fuerzas cristianas por separado. Don Juan de Austria planeó destruir la flota otomana en Navarino, plaza que se creía poco defendida, con un ataque rápido –buscaba una repetición de Lepanto–; pero un error de cálculo en la navegación provocó que la armada cristiana se desviara del rumbo previsto y que al amanecer del 16 de septiembre fuera a dar en la isla de Prodano y no en Navarino. Ulug Alí, entonces, ordenó a sus galeras salir de Navarino y refugiarse con el resto de la armada en Modón, bajo los 400 cañones de la fortaleza.

La flota otomana se encontraba en una posición muy ventajosa, en el puerto, mientras que, la armada cristiana estaba en mar abierto, cada vez con menos recursos y sin posibilidades de poder quedarse allí por mucho más tiempo. A pesar de algunos recios combates, como el librado en los molinos de Corón, donde la flota cristiana llevó a cabo un desembarco de tropas que se transformó en una suerte de «playa de Omaha» en la que los soldados de los tercios lograron mantener su posición frente a fuerzas superiores turcas para permitir el vital aprovisionamiento de agua de la flota, la solidez de la posición de Ulug Alí no se vio comprometida. Ante la imposibilidad de romper las defensas de Modón, don Juan ordenó un desembarco en Navarino, para hacerse con esta plaza fuerte y abrir una ruta terrestre para estrechar aún más el asedio naval de Modón; pero se vio obligado a dar marcha atrás ante la llegada de refuerzos otomanos, la escasez de sus propios víveres y el mal tiempo que anunciaba el final de la temporada en el mar. Se abandonó el bloque de Modón el 7 de octubre y para el 18 la armada de la Liga Santa estaba de regreso en Corfú, desde donde se separaron las diversas flotas.

Se ponía fin a la campaña de 1572 y con un regusto amargo: no hubo ninguna derrota que lamentar, pero tampoco se ganó nada. Quedó, si acaso, la hazaña de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, «aquel rayo de la guerra, [...] padre de los soldados, [...] venturoso y jamás vencido, que con su nave capitana, La Loba, se apoderó de la galera verde capitana del bey Mohamed Barbarroja, que murió despedazado por sus propios galeotes.

Venecia y la Liga Santa

«Haber sido aliado con aliados ha causado el mayor daño a la República, de cuya experiencia podemos sacar ciertas conclusiones útiles. En la guerra, la prontitud y la pronta captura de las ocasiones es de suma importancia, y para la guerra naval es esencial hacerse a la mar a principios de abril. [...] Es perjudicial actuar de concierto con príncipes tan poderosos que estamos obligados a considerar sus deseos [...] debemos confiar en nuestras propias fuerzas en lugar de en las de nuestros aliados, ya que los aliados consultan sus propios intereses en lugar de los de la Liga en su conjunto. [...] Finalmente, el que no tiene buenas perspectivas de destruir total o grandemente al enemigo será mejor aconsejado que busque la paz con él; pero si la guerra es inevitable, que lleve la guerra al campo enemigo en lugar de permanecer a la defensiva».

Así escribía el comandante supremo veneciano Giacomo Foscarini en una carta al Senado de su ciudad en otoño de 1572. Para entonces los venecianos empezaban a tener claro que su participación en la Liga Santa, y a tenor de la campaña de aquel año, era un error y que la Serenísima República debía jugar sus cartas. La elección de Foscarini, en febrero de ese año, en sustitución del brioso Sebastiano Veniero –a instancias del rey español y por deseo de don Juan de Austria, que lo consideraba difícil de tratar– empañó la euforia de los venecianos por el triunfo ante los otomanos en Lepanto.

Las relaciones empezaron a agriarse a la hora de plantear la estrategia para la campaña de 1572: mientras que Felipe II ambicionaba una operación en Argel y Túnez, la Serenísima insistía en golpear en Levante y recuperar Chipre, considerando que los otomanos tardarían en reconstruir su armada; quizá debió tomar nota de la observación del primer visir Sokullu Mehmet Pachá, que, al recibir la noticia del desastre otomano en Lepanto, le había dicho al embajador veneciano Marco Antonio Barbaro: «Hay una gran diferencia entre nuestra situación y la vuestra. Conquistando Chipre os hemos cortado un brazo; mientras que, destruyendo nuestra Armada, nos habéis afeitado la barba. Un brazo cortado no puede volver a crecer; mas la barba, después de afeitada, crece de nuevo con más fuerza». Y no solo volvió a crecer la barba –flota–turca, sino que Venecia acusó la pérdida, sobre todo económica, de Chipre y las dificultades para poder comerciar en el Mediterráneo oriental como había hecho antes.

Por ello, la presión ante el capitán general de la Liga Santa para atacar en Levante era necesaria para

Venecia; pero don Juan dilataba su decisión, a la espera de recibir instrucciones de Madrid. La República solo podía recuperar Chipre con la participación española y si la Liga actuaba deprisa. Las negociaciones con el papa Pío V empezaron en diciembre de 1571 y el siguiente 10 de febrero se firmó un acuerdo para continuar la ofensiva contra los turcos. Pero las esperanzas venecianas pronto se malograron: a la muerte del papa –y a la espera de que su sucesor mantuviera los planes previstos–, se añadió que Felipe II no estaba por la labor de un ataque a Levante, además de que se reanudó el teatro bélico en Flandes y se complicaban las cosas con una Francia que negociaba un acuerdo secreto con los turcos y con los rebeldes neerlandeses de nuevo en la brecha. Para el rey español no había intereses prioritarios en Levante y sí en Argel, donde seguía esperando atacar como aún consideraba a principios de junio en una carta a su embajador en Roma. Finalmente, a principios de julio se rindió a los deseos venecianos.

Pero ya era tarde para la Serenísima, que veía imposible iniciar una campaña en Levante a esas alturas del año. El hecho de que no esperara a la llegada de don Juan a Corfú y que, frente a Modón y Navarino, don Juan anunciase en octubre que no podría mantenerse sin suministros –aunque Foscarini se ofreció de inmediato a abastecerlo de sus propias existencias y a pedir más a Venecia, si fuera necesario–, malograron una campaña que ya estaba agotada y no dio buenos resultados. Desde el punto del almirante veneciano, los españoles no pensaban más que en «debilitar y arruinar» a la Serenísima, y de ahí los retrasos de don Juan y su indecisión en la campaña: todo procedía de un plan para «exterminar poco a poco las fuerzas de la República». La falta de confianza entre los dos puntales de la Liga Santa, España y Venecia, era evidente. Que el 27 de febrero se rubricara el acuerdo para una nueva campaña no evitó que, en paralelo y en secreto, Venecia firmara con el sultán una paz por separada y con unas condiciones muy duras –una reducción de su flota a 60 galeras y la liberación sin rescate de todos los prisioneros turcos–. Para los venecianos la necesidad ya era apremiante.

Intrigas en la corte de Selim II

Parte de la trama de esta novela surge de las intrigas palaciegas en la corte del sultán otomano, Selim II (*reg.* 1566-1574). Este tenía un perfil diferente al de su padre, Solimán el Magnífico (*reg.* 1520-1566): propenso a una moral más blanda y a la bebida –es probable que su dependencia del alcohol surgiera en la década y media anterior a su ascenso al trono, ante la presión que suponía criarse en una corte en la que el sucesor hacía asesinar a sus hermanos–, dio más importancia a sus placeres privados y delegó en el primer visir Sokollu Mehmet Pachá, quien había asumido este cargo en el último año del reinado de Solimán, y

en su esposa principal (*haseki sultán*), Nurbanu, una esclava de origen veneciano. Ambos detentaron un enorme poder alrededor de Selim e influenciaron en muchas de sus decisiones.

Sokollu Mehmet (1506-1579), como el ficticio Mehmet al-Rumi que coprotagoniza la saga, era de origen serbio y fue reclutado por el sistema del *devşirme*. De joven, se labró una gran fama en los campos de batalla europeos, donde participó tanto en la victoria de la batalla de Mohács (1526) como en el sitio de Viena (1529-1530). Por vía matrimonial, entró en el círculo más íntimo de la familia real y desarrolló una meteórica carrera que lo llevó al puesto de primer visir. Como tal, y en las disputas con el Occidente cristiano, apostó por una política menos agresiva respecto a Venecia o los emperadores habsburgo que la de los más belicistas almirantes de finales del reinado de Solimán y principios del de Selim II (Pialí Pachá, Lala Mustafá Pachá, Müezzinzade Alí Pachá o Ulug Alí Pachá). En cambio, y como se menciona en la novela, Sokullu Mehmet Pachá impulsó la idea de expansión en el área del mar Negro, en concreto la construcción de un canal que uniese los ríos Don y Volga y, de este modo, incentivar el comercio de Constantinopla con Asia Central. Un proyecto que, necesariamente, le enfrentaba al zarato moscovita de Iván IV el Terrible, en plena expansión contra los kanatos tártaros sucesores de la Horda de Oro.

Un probable aliado, aunque previamente enemigo, de Sokullu Mehmet y protegido por el sultán fue el marrano portugués José Nasí (o Micas), un acaudalado banquero con conexiones en Europa, Asia y África, y que había dado apoyo al propio Selim II en la lucha fratricida por ascender al trono; por labores como estas, Nasí recibió el ducado de Naxos. Mantuvo una intensa y prolongada correspondencia con los mandatarios de toda Europa, desde el holandés Guillermo de Orange hasta el rey polaco Segismundo III, e incluso, en algunas ocasiones, con Felipe II; al mismo tiempo, fue enemigo de Venecia, donde residió un tiempo, y parece que estuvo bajo vigilancia de los servicios de espionaje de la Serenísima República en la capital otomana.

Alrededor de Nasí se formó una próspera comunidad de sefardís, expulsados de la península ibérica e Italia, entre los que pudo estar un tercer personaje influyente en la corte constantinopolitana: Esther Handali o, en esta novela, Esther la *Kyra* (fallecida hacia 1589). Marchante de origen sefardita en España, desempeñó un papel esencial como *kira* o *kyra*, una gente intermediario del harén imperial con la sociedad otomana externa al palacio al hacerles llegar mercancías a las posibles clientes del harén, y que necesariamente debía ser una mujer, muchas veces una judía. De hecho, fue la *kyra* de Nurbanu, la esposa principal de Selim, y pudo influir en ella, por su origen, para fomentar una política proveneciana en la que pudo participar el embajador o baile de la República en Constantinopla, Marco Antonio Barbaro.

Don Juan y Ulug Alí Pachá: dos comandantes en jefe

El joven triunfador en Lepanto, don Juan de Austria (1545/1547-1578), recibió diversos homenajes en el invierno posterior a la victoria –el papa Pío V le escribió de su puño y letra una carta en la que le designaba como el «hombre enviado por Dios y llamado Juan»–, además de las felicitaciones de su hermano, Felipe II. Pero este siguió atando corto al bastardo imperial, obligándole a mantenerse en Mesina a la espera de las decisiones sobre los siguientes objetivos de la Liga Santa para la campaña de 1572. Con todo, el capitán general de la Liga Santa, por ejemplo en una carta enviada a su hermano, apremiaba en sus peticiones de agilizar las decisiones en torno a la campaña de ese año.

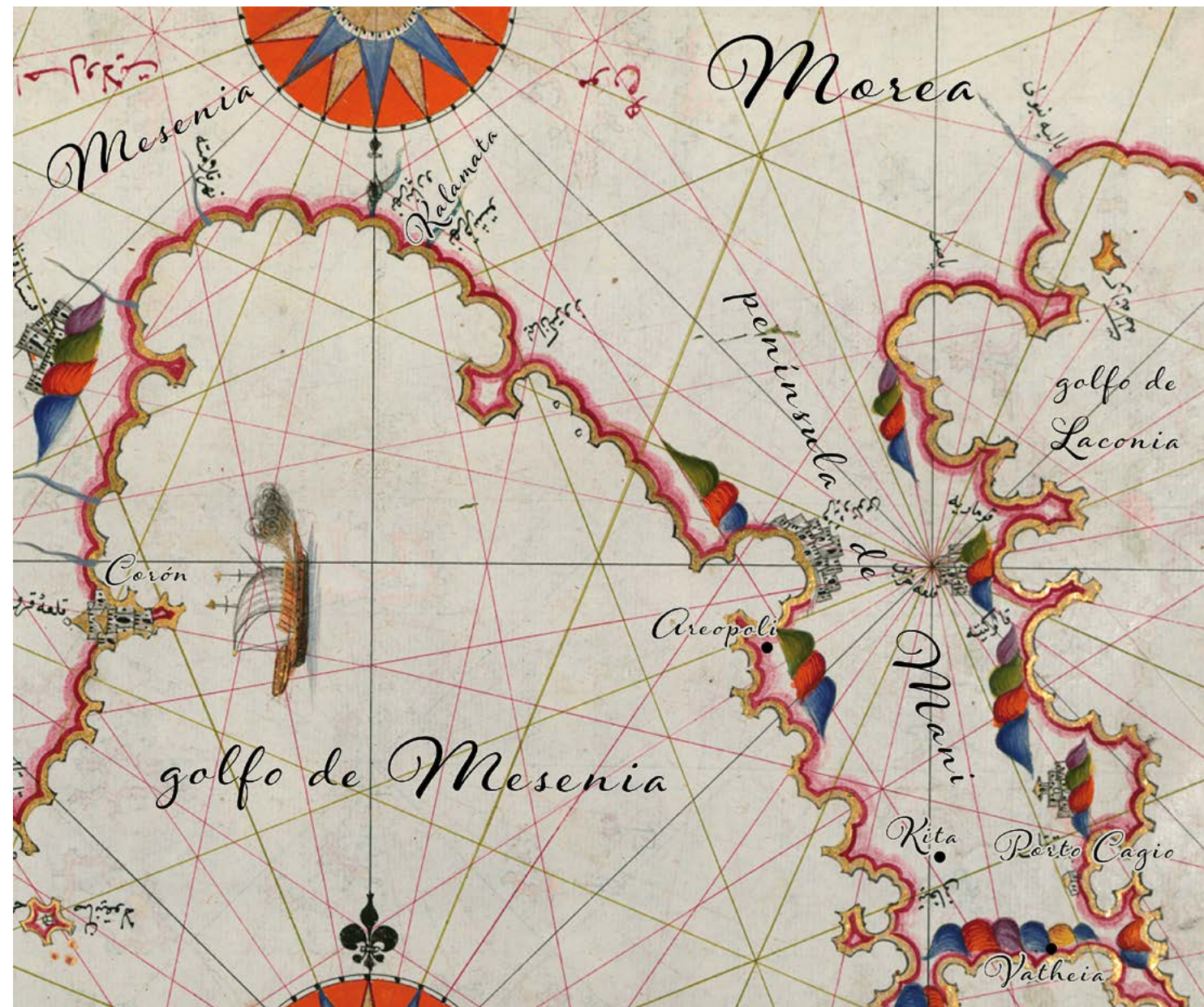
La respuesta de Felipe finalmente llegó a principios de julio, y que don Juan recibía una semana después: abandonaba toda pretensión de que se abordara Argel y ordenaba que don Juan saliera de Mesina con su flota, dejando atrás solamente las galeras y los soldados del genovés Juan Andrea Doria en previsión de una eventual agresión francesa en la retaguardia. Para cuando don Juan llegó a Corfú, el 10 de agosto, se habían perdido dos meses muy necesarios para la empresa de la Liga Santa, aunque ni venecianos ni pontificios estaban allí para esperarle.

En cuanto a Ulug Alí Pachá, fue uno de los comandantes otomanos en la batalla de Lepanto y el único en retirar su escuadra tras la derrota. El sultán le concedió el nombre de *Kılıç* («espada») por sus méritos y tres semanas después de la batalla, el 28 de octubre de 1571, fue designado Kapudan Pachá. La historia de Ulug Alí (1519-1587) es la de un calabrés cristiano nacido bajo el nombre de Giovanni Diogini Galeni capturado a los 17 años y vendido a un arráez corsario que lo utiliza como galeote en una de sus tres naves. Convertido al islam, «ascendió» en la flota de su dueño, consiguiendo la libertad y actuando como corsario.

Participó en la batalla de Preveza (1541) y entró en la flota del almirante Dragut, iniciando una carrera como corsario ya conocido como Ulug Alí (el «Uchalí» del *Quijote*) por sus feroces ataques a las costas italianas y su participación en Los Gelves (Djerba) en 1560 y en el sitio turco de Malta (1565). Designado bey o gobernador de Argel en 1568, se hizo con el gobierno de Túnez un año después; durante la Guerra las Alpujarras fue sobornado por agentes de Felipe II para no enviar refuerzos a los moriscos, pero desechó pasarse al bando cristiano. Regresó al Mediterráneo oriental y se hizo cargo del ala izquierda otomana en la batalla de Lepanto, comandando 60 galeras y 32 galeotas. Después de la batalla, encabezó el esfuerzo naval otomano frente a los cristianos.

El país de Mani: los clanes y sus pirgósbitos

Muchos capítulos de la primera parte de la novela transcurren en el país de Mani, la región meridional del Peloponeso –entonces conocida como Morea–;



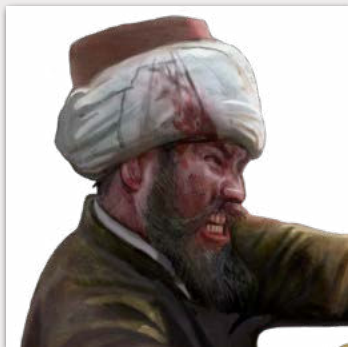
concretamente, es la península central de las tres que se sitúan al sur del Peloponeso, separada de este por la cordillera del Taigeto, y situada entre los golfos de Mesenia al oeste y de Laconia al este. Una ubicación remota y aislada que propició que fuera un foco de resistencia a los otomanos. Para el siglo XVI, la extensión del país de Mani era de unos dos mil kilómetros cuadrados, en los que se desplegaban unas ciento treinta aldeas, con un clan en cada una de ellas que se defendía de los ataques foráneos o pugnaban entre sí. En la campaña de Lepanto, de hecho, los maniotas, que de nuevo se habían rebelado contra los turcos, contaron con el apoyo de los venecianos, cuya flota amenazó las costas de Morea.

Además de por su geografía escarpada, Mani destaca por sus *pyrghospita* o casas-torre, de las que hay más de 800 en el territorio, además de varias torres de batalla y siete castillos. Rodeadas de otras casas, iglesias familiares y cementerios, estas torres formaban un complejo fortificado que protegía la aldea; en

cada una de las aldeas podía haber una o varias torres –Vatheia contó en la época con 12 y actualmente tiene más de 70; otras localidades la superaban como Kita, que sumaba 30, y Areopoli, que poseía 50 torres–, y tenían una altura de cuatro, cinco y hasta seis pisos.

En la época en que transcurre la novela, Mani estaría poblado por unas treinta mil personas, aproximadamente; cada aldea estaba poblada por un clan o *genos*, unido por la sangre y la descendencia compartida, también por las venganzas y luchas de unos clanes contra otros, pero que se unían para combatir los ataques foráneos. Ya en época medieval, bajo dominio bizantino, los clanes maniotas lucharon y se rebelaron contra la autoridad imperial, así como resistieron a las razias de pueblos eslavos y albaneses, a los cruzados y, desde el siglo XV, a los turcos, que invadieron pero no sometieron completamente la región. La ferocidad de los clanes maniotas ya venía de lejos, pues no solo descendían de los antiguos espartanos, sino que se enorgullecían de ello.

DRAMATIS PERSONAE

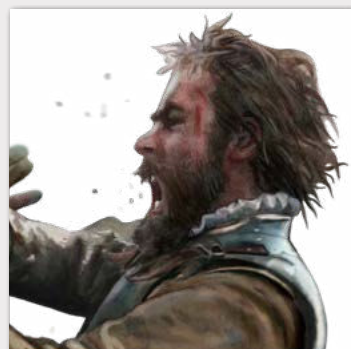


Mehmet al-Rumi

Mehmet es mucho Mehmet. El jenízaro tuerto, aún dolido por la pérdida de su amada Ísmihan, sigue en danza al servicio de su ex suegro Sokullu Mehmet Pachá y del banquero judío José Nasí, pero no ha olvidado las cuentas pendientes con José de Monteagudo. En esta entrega de la saga, Mehmet asume nuevas responsabilidades y se mueve como una serpiente ya sea luchando en el país de Mani, lidiando con el cruel Ulug Alí, cantándole las cuarenta a los venecianos o combatiendo en una de las naves de la flota turca frente a Modón y Navarino. Y este Mehmet no es inmune a otros encantos, pues aprenderá a lidiar con sus propios sentimientos, ya sea por venganza o por amor. Pero ojo con el tuerto, que, como los gatos, siempre cae de pie.

José de Monteagudo y Lope de Torices

En *Tu sangre en mis manos* veremos a un José de Monteagudo menos taciturno y ensimismado en sí mismo y más abierto a quienes le rodean: de María la Bailaora, que tendrá una sorpresa para él, a su troupe habitual –Andreas el Griego, Gregor de Gordon y Miguel el Moro–, pasando por aquellos hombres que estarán a su mando en tierra y en mar. Monteagudo no ha olvidado tampoco a su némesis, Mehmet al-Rumi, y ambos tienen aún cuentas que ajustar. Pero la vida del ahora capitán sigue estando al servicio de don Juan de Austria y, en esta ocasión, del marqués de Santa Cruz, Álvaro de Bazán, con quien compartirá duelos en alta mar. Los azares y los hados depararán sorpresas para un guerrero que empieza a imaginar otra vida posible.



Ulug Alí Pachá

El nuevo *Kapudan Pachá* no es un hombre fácil de calibrar. De origen calabrés y hecho a sí mismo desde que fue capturado por los otomanos y sirvió como galeote, su ascenso al poder ha sido tal que apenas nadie puede toserle; solo en Constantinopla la terna formada por Sokullu Mehmet Pachá, don José Nasí y Esther la Kyra conspiran contra él, temiendo que su poder sea imposible de contestar. El pasado se hará presente para Ulug en esta novela, pero no cederá un ápice para derrotar a la Liga Santa y resarcirse de la derrota, también personal, en Lepanto.

Don Juan de Austria

Dejamos al bastardo imperial como el vencedor de Lepanto en la anterior novela, pero don Juan está lejos de alcanzar lo que quiere ser. Como capitán general de la Liga Santa debe mediar entre los intereses de españoles, venecianos, pontificios y genoveses, pero como el hijo de Carlos V aspira a mucho más... si su real hermano le deja. En la anterior novela don Juan se hizo un hombre en la feroz Guerra de las Alpujarras y comandando la flota de la Liga Santa, pero ahora debe confirmar las expectativas que, empezando por sí mismo, hay depositadas en su persona. Lepanto no puede ser flor de un día, piensa, y hará lo posible por demostrarlo, contando con el apoyo de su sobrino, Alejandro Farnesio.



Don Álvaro de Bazán

Vimos de refilón al marqués de Santa Cruz en *Hasta que pueda matarte*, pero en esta entrega asume un rol importante en la flota española inserta en la Liga Santa. Hombre de guerra y almirante capacitado, la acción es la sangre que corre por sus venas. Crítico de los venecianos, pues sospecha de su doble juego, confía en que frente a la flota de Ulug Alí pueda hacer patente su valía y derrotar otra vez a los turcos. Su perspicacia será un activo en el Estado Mayor de don Juan de Austria y su arrojo vital a bordo de su nave capitana, La Loba. Don Álvaro demostrará que se mueve bien en la planificación de una batalla como en su brutal desarrollo cuando las naves chocan entre sí.

Selim II

En esta entrega se pone también el foco en el sultán otomano, el hijo del magnífico Solimán que, con muchos esfuerzos y no poca sangre vertida en las estancias del palacio imperial, ha conseguido llegar al trono. Pero hay quien dice que no todo en esta vida es el poder y que los placeres privados también forjan al hombre, y a ellos se aferra un timorato Selim que se deja influenciar por las camarillas del poder, o incluso por su esposa favorita Nurbanu, pero que no cede ese poder conseguido con tanto esfuerzo ni una sola pulgada. Que conspiren a mi alrededor, piensa, que yo acabaré decidiendo.



María la Bailaora

Tras Lepanto, María sigue siendo una soldado al servicio de don Juan de Austria y su relación con José de Monteagudo se ha afianzado. Ambos pueden incluso aspirar a ser algo más, pero la Jornada de Navarino, y las aventuras previas en el país de Mani, hará que también se replantee algo imprevisto: la maternidad. Ello hará que veamos una María algo más frágil, pero igual de impulsiva y dispuesta a seguir a Monteagudo y su peculiar compañía vayan adonde vayan. Pues la Bailaora no ha tenido una vida fácil y sabe que en cada esquina hay un peligro y en cada enemigo, empezando por el odiado tuerto jenízaro, un desafío que sortear.

Angela Dominica

Angela es una espía veneciana, al servicio del Consejo de los Diez. Criada en las calles de Venecia, se ha valido siempre por sí misma para salir adelante: no es un demonio como Mehmet, pero tampoco es un ángel. En ella recae la misión de llevar a Venecia el collar de Roxolana que certificaría el pacto secreto de la Sublime Puerta para llegar a una paz por separado con la Serenísima República. Conocer a Mehmet hará que dude sobre sí misma y sobre lo que realmente quiere.

Sokullu Mehmet Pachá

El primer visir del sultán es un hombre ambicioso y tiene enemigos a los que enfrentarse en una corte en la que el poder no se comparte amigablemente y los aliados son piezas en un tablero que va mucho más allá de Constantinopla. Sokullu tiene un plan maestro contra la Liga Santa y, a la vez, contra el formidable *Kapudan Pachá*, Ulug Ali, que ha reconstruido la armada destruida en Lepanto. El suyo es un partido que busca ampliar la influencia

otomana al norte del mar Negro y se enfrenta al de un Ulug Alí que quiere hacer fuerte al imperio en el Mediterráneo. Con Mehmet al-Rumi a su servicio y el dinero de don José Nasí, Sokullu Mehmet Pachá aspira a todo.

Don José Nasí y Esther la Kyra

Las camarillas de la corte de Selim II están representadas en dos figuras históricas cuyas andanzas superan incluso a la ficción. Dos judíos sefarditas que se mueven con facilidad entre las bambalinas del Palacio de Topkapi y entre las casas de los diplomáticos extranjeros en la capital otomana. Nasí tiene dinero y sus influencias llegan a cualquier rincón de Europa, y Esther la Kyra goza del poder en el harén imperial. Ambos unirán sus ambiciones con las del primer visir, Sokullu Mehmet Pachá, para someter a la dubitativa Venecia y derrotar a la odiada España de la que ambos surgieron.

Andreas el Griego, Gregor de Gordon y Miguel el Moro

La particular *troupe* que acompañó a Monteagudo y a Lope de Figueroa en las Alpujarras y en Lepanto sigue fiel al ahora capitán de los tercios. Andreas es un griego del país de Mani, al sur de Morea (el Peloponeso) y conoceremos al clan al que pertenece, los Morfakidis, y las peculiaridades de los maniotas. Siempre a su lado están el escocés Gregor de Gordon, que lleva una mano de plata para sustituir la que perdió en el combate en Lepanto y siempre dispuesto a participar en una buena lid. No puede faltar el pillo alpujarreño Miguel, igual de leal y de intrépido como en la primera entrega. Los tres personajes siguen aportando unas notas de humor que serán necesarias para sobrellevar lo que les sucede en estas nuevas aventuras.



ENTREVISTA AL AUTOR

Conversamos de nuevo con José Soto Chica, quien hace un año presentó su primera novela con Desperta Ferro Ediciones, *Hasta que pueda matarte*: el primer episodio de una trilogía que ha cumplido con la promesa de traer aventuras y duelos siguiendo la enemistad de un alférez de los tercios españoles y un jenízaro turco. Ahora con *Tu sangre en mis manos* se añaden intrigas palaciegas y se multiplican los combates en tierra y en el mar.

Un año después de *Hasta que pueda matarte*, has subido la apuesta en esta segunda novela y vuelves a situarnos de nuevo en la pugna entre cristianos y otomanos por el control del Mediterráneo, pero con las consecuencias de Lepanto. ¿Estaba todo decidido tras esta batalla tan laureada?

Lepanto fue una batalla decisiva, no porque privara de recursos al Imperio otomano, sino porque lo privó de la iniciativa que, en la guerra, lo es todo. Antes de Lepanto, eran los turcos los que decidían donde se combatía y los que estaban planeando la invasión de Italia o, al menos, la sumisión de Venecia a su arbitrio y la retirada de España a posiciones puramente defensivas. Pero tras Lepanto, aunque los otomanos contaban aún con recursos para reemplazar barcos y cañones, carecían de la iniciativa y, a la par, de los hombres experimentados para sostenerla. Además, aunque tras su derrota lograron la proeza de armar una nueva flota tan poderosa como la que habían perdido, eso era solo sobre el papel: los nuevos barcos eran de mala calidad, sus cañones apenas si podían disparar sin estallar y los marineros y soldados que los tripulaban eran hombres sin experiencia. Dicho de otro modo: en 1572, cuando se inicia la novela, la ini-

ciativa estaba en manos cristianas y sin embargo... se perdió de nuevo y si así ocurrió fue debido a las disidencias entre venecianos y españoles y a la astucia de un hombre de novela: Ulug Alí Pachá. Un renegado que había sido esclavo de galeras y que, a base de dureza, ingenio y despiadada voluntad, supo mantener su bisoña flota frente a poderosos capitanes como don Álvaro de Bazán, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Yo cuento esa historia de grandes capitanes, de duelos de táctica y espías, de imperios que luchan por mantener o recuperar la iniciativa y con ella, la hegemonía en el Mediterráneo.

En esta novela subyace un mundo mediterráneo que parece estar mucho más interconectado entre sí en sus diversas partes: de una ribera occidental a la oriental o incluso de una orilla italiana a otra argelina. ¿Era un ámbito extenso que tenía cosas en común que hoy en día se han olvidado?

Por supuesto. El Mediterráneo era un mundo en sí mismo. Contaba con su lengua franca: una suerte de mezcla de italiano, turco, español, árabe y bereber que se chapurreaba en todos los puertos y de la que nos da noticia Miguel de Cervantes y aunque hoy nos parezcan insalvables las diferencias culturales, no lo eran tanto: multitud de personas, de una orilla y otra, cambiaban de vida. Muchas veces por la fuerza, como cautivos, pero también por voluntad propia. Y así, eran muchos los españoles, italianos, franceses, alemanes e ingleses que se “hacían turcos”, esto es, que entraban al servicio del sultán y se convertían al islam a cambio de recibir mejor paga y privilegios y viceversa, no fueron pocos los renegados

árabes, bereberes y turcos que entraron al servicio del rey de España. Ambas potencias, España y el Imperio otomano, contaban con minorías religiosas en su seno y las ideas, los inventos y las modas iban de una orilla a otra con pasmosa velocidad. Pero junto con esa influencia mutua, junto con esa facilidad de cambiar de bando, por así decir, tampoco podemos negar que la situación de guerra, de corso y piratería continuas, regían también y eran despiadadas. Eran dos imperios a cara de perro disputándose el Mediterráneo, un mundo compartido, en no poca medida, culturalmente hablando.

Especial foco le has dado en la primera parte de la novela, que no casualmente tiene el subtítulo de «En el país de los locos furiosos», al país de Mani, en el sur del Peloponeso o la Morea de la época. ¿Qué te llamó en particular de esta región?

Que era un mundo aparte. Los maniotas jamás fueron sometidos por los turcos y muchos de ellos entraron al servicio del rey de España. Pero ir a su país, el país de Mani, situado en mitad del Mediterráneo y a tres o cuatro días del reino de Nápoles,

era, sin embargo, como viajar al más lejano país de la tierra. De hecho, hasta fines del siglo XIX, el gobierno griego no logró imponer a tan belicosa población el fin de las vendettas entre clanes y el pago de impuestos. A cambio de tanta rebeldía, los maniotas han legado al mundo uno de los rincones de la tierra más singulares y hermosos: Mani no solo cuenta con

algunos de los paisajes más impactantes de Grecia, sino con aldeas y ciudades únicas en las que sus famosas torres siguen contando la historia de una tierra indomable en donde cada familia era enemiga de su vecina y todas, a una, enemigas del mundo entero. Así que me dije: puesto que las campañas de 1572 se llevaron a cabo en las lindes de Mani y puesto que Andreas el Griego, compañero de nuestro José de Monteagudo, es un maniota como Dios manda, ¿por qué no llevar a nuestros héroes hasta la tierra de los locos furiosos?

Nos trasladas en esta entrega a los palacios de Constantinopla, de Topkapi a las casas del primer visir o de personas influyentes, pero también al centro del poder en Venecia. Y creas una trama alrededor de un plan maestro de los enemigos de España y la Liga Santa que atrapa desde el principio. ¿Tenías claro

que esas intrigas palaciegas serían el germen de la trama que se desarrolla en esta novela?

Sí, me enamoré de una serie de personajes increíbles, pero reales por completo: don José Nasí, un judío sefardí, el hombre más rico de su época, y uno de los más diestros enemigos de Felipe II; Esther La Kyra, una anciana sefardí que controlaba por completo el mundo del harén del sultán, que era tanto como decir una parte sustancial del poder real del Imperio otomano; Sokullu Mehmet pachá, el primer visir del Imperio, antiguo jenízaro y un hombre con sueños que abarcaban proyectos como construir un canal que uniese el Caspio con el mar Negro; la sultana Nurbanu, una veneciana de belleza singular e influencia sin par y el sultán, Selim II, un hombre que, tras vivir durante años al borde del abismo, se refugiaba en los placeres. No podía desaprovechar a esos personajes, máxime cuando históricamente jugaron un papel destacado en las intrigas que determinaron el devenir de los combates de 1572. Además, Constantinopla y Venecia, dos de las ciudades más bellas de la tierra, estaban ahí y yo tenía que llevarme a mis lectores de paseo por ellas. Esta época, y en concreto 1572, fue

la época de los grandes espías y de las más sofisticadas intrigas internacionales, en comparación, los juegos de poder de Donald Trump y Vladimir Putin, son cosa de “aficionados”. ¿Cómo desaprovechar algo así? Tenía que estar en la novela.

Mehmet al-Rumi y José de Monteagudo se afianzan en esta segunda entrega como pro-

tagonistas con gran carisma; vemos también que como personajes también evolucionan y adquieren nuevos rasgos que en cierto modo los distinguen de cómo eran en la primera novela.

Sí, eso es crucial para mí como escritor y como lector: no soporto las novelas en donde los personajes viven mil cosas y, sin embargo, siguen siendo las mismas personas. Eso no es real: matar, ser herido, amar, perder amigos... todo eso te cambia, te moldea, te obliga a replantearte como persona y eso es lo que les ocurre a Monteagudo y a al-Rumi. Siguen siendo dos grandes rivales, dos hombres duros como el acero, pero la vida, golpe a golpe, prueba a prueba, los va cambiando y en *Tu sangre en mis manos*, esos cambios se notan y dejan al lector ante esas paradojas en las que tanto se complace la realidad. Los dos crecen, se vuelven más complejos y, sobre todo, sorprenden.

Si en la primera entrega teníamos a María la Bailaora como soldado en las naves de la Liga Santa en Lepanto, ahora añadimos a Angela Dominica, una espía veneciana que, como escribes, tiene cara de ángel pero no lo es. Dos mujeres fuertes, empoderadas hasta allí donde les permiten la sociedad y las mentalidades de la época, pero en este caso se podría decir que la realidad supera a la ficción, ¿verdad?

Siempre es así. Hace poco afirmé que la mujer siempre ha estado presente en la historia como protagonista principal y para hacerlo, no necesita disfrazarse de hombre. Si no conocemos su papel no es porque no lo tuviera, sino porque los historiadores no hemos hecho bien nuestro trabajo. Y en *Tu sangre en mis manos* esa afirmación, se muestra con claridad. Pues contamos una historia real y esa historia está repleta de mujeres con carisma y poder: María la Bailaora que, aunque cueste creerlo, fue tan real como la vida misma, pero también la favorita del sultán, Nurbanu, poder en la sombra ante el que se inclinaban la política de los reinos e imperios de la tierra, Eshter la Kyra, una anciana que, nacida en España, terminó siendo un actor diplomático esencial en los juegos de poder del Imperio otomano con Francia y Venecia, etc. En ese mundo de mujeres sorprendentes, en los textos de la época aparecen referencias a mujeres espías y como escritor no podía desaprovechar esa realidad y creé a Angela Dominica: una mujer que ha salido de los bajos fondos de Venecia, que conoce la peor cara del mundo y de los poderosos, pero que, en el fondo, sigue siendo un corazón bravo dispuesto a creer que hay esperanza.

Como en la primera entrega, el plantel de secundarios no es menos importante que los personajes protagonistas. Y si hacemos hincapié en aquellos históricos, ¿puede ser que en esta segunda parte parezca que has apostado encarecidamente por ellos? Pienso no solo en don Juan de Austria y don Álvaro de Bazán, sino especialmente en Ulug Alí o un joven Alejandro Farnesio, o incluso en el sultán Selim II.

En efecto, es de lo mejor de la novela en mi opinión: el viaje al interior de grandes personajes como Álvaro de Bazán: el rayo de la guerra; Alejandro Farnesio, que se entrenó como gran capitán en esta campaña; de don Juan de Austria, con sus sueños de ser rey de los griegos o de los albaneses; de Ulug Alí, sin duda, después de Barbarroja, el más despiadado corsario de la historia y el almirante otomano más diestro; Selim II, un hombre que ha pasado

a la historia como “el Borracho” y que, no obstante, tenía una personalidad tan compleja como la vida que le había tocado vivir; Nurbanu Sultán, una mujer fascinante, etc. A veces, como en *Tu sangre en mis manos*, lo más atractivo, lo que te deja con la boca abierta, es la historia pura y dura, con su abanico de personajes reales que, sin embargo, son más increíbles que los que uno pueda crear. Eso es lo que me gusta de la historia: que siempre supera a la supuesta “realidad”. Verás, en cierta ocasión una lectora me dijo que un personaje de una de mis novelas no era creíble. ¿Sabes qué? Era cien por cien histórico y todo lo que aparecía en la novela relacionado con él, a veces hasta sus palabras, estaba tomado, literalmente, de las fuentes de la época. Eso me hizo reflexionar sobre cómo, a veces, la literatura se queda por detrás de la historia.

O qué decir de dos personajes que surgen del ámbito ibérico, como son don José Nasí y Esther la Kyra, que se oponen decididamente, con odio incluso, a la España o el Portugal que los vio nacer. Personajes que parecen de ficción y que no lo son, ¿cierto?

Sí, son personajes reales. Don José Nasí fue la araña en la sombra. El banquero y financiero más importante del siglo XVI, amigo del sultán, que lo nombró duque de Naxos y señor de Tiberiades, fue un actor principal en la política europea y se carteo con

personajes tan variados como la reina de Inglaterra o el rey de Francia y estuvo detrás de jugadas geopolíticas tan decisivas como entregar el trono de Polonia-Lituania al futuro rey de Francia o financiar la rebelión de Guillermo de Orange contra Felipe II. Pero siempre hubo una constante en su política: la oposición a España. José Nasí no olvidaba su historia familiar y aunque, cuando vivió en Flandes, supo congraciarse con la corona española, cuando alcanzó la cima del poder junto al sultán, volcó sus recursos en vencerla. Otro tanto se puede decir de la anciana e intrigante Esther la Kyra. Como encargada de mediar entre la sultana y los diplomáticos extranjeros, tenía en sus manos un gran poder y lo usó contra Felipe II, pues no olvidaba que, siendo niña, ella y su familia habían sido expulsadas de España por los Reyes Católicos. Los sefardíes, al igual que los moriscos, se sentían muy ligados a su tierra, a España, pero al mismo tiempo, muy agraviados, con razón, por la corona.

La fidelidad a la historia, a lo que pasó, es una de tus armas a la hora de escribir novela histórica, si bien no te aferras a ella como única hoja de ruta, ya que

los personajes se mueven bien en los intersticios de lo que no sabemos por las fuentes. Y, como decíamos antes, la realidad a menudo supera a la ficción. ¿Hubo algún episodio que recrearas en tu novela pero que apenas cambiaras pues su «realismo» era tal que apenas necesitaba los aderezos de la ficción?

Sí, uno en particular que parece de película: el duelo de galeras entre la Loba de don Álvaro de Bazán y la galera de Mohamed bey Barbarroja, el nieto de Barbarroja. Fue épico, brutal y no tuve que inventar nada, sino limitarme a trasladar lo que nos cuentan los textos de la época. Incluso la truculenta muerte del capitán otomano en aquella contienda espectacular es real y aparece tal cual en el poema que se dedicó al marqués don Álvaro de Bazán por este triunfo y que fue escrito al poco de los hechos.

Leyendo *Tu sangre en mis manos* uno se queda con la sensación de que al toque Salgari de la anterior novela, que continúa en esta segunda parte de la saga, has añadido un estilo de intrigas palaciegas y duelos también en las altas esferas que evocan novelas de Dumas, ¿me equivoco?

Aciertas por completo. Cuando pensé en esta saga, mi propósito era llevarme a los lectores a un duelo de imperios, el que sostuvieron España y los otomanos, sin par en la historia y, sin embargo, olvidado. Pero quería hacer “ese viaje” con mis lectores a lo grande, esto es, sintiendo la aventura en cada línea. Pero mi segundo propósito era ofrecer mi pequeño homenaje a la novela de aventuras, de capa y espada, de viajes al pasado y a lugares exóticos que tanto hizo en el siglo XIX y en los primeros años del XX para captar a millones de lectores en todo el mundo y, aunque, muchos lo nieguen, tanto hizo también por perfilar la literatura con mayúsculas. En ese homenaje, Salgari, era uno de los destinatarios de mi tributo y en *Tu sangre en mis manos* le toca al maestro Dumas y adelanto que, en la tercera entrega, si los lectores nos apoyan, rendiré honores a H. Rider Haggard, autor de *Las minas del rey Salomón*; Alfred Edward Woodley Mason, el autor de *Las cuatro plumas* y a Percival Christopher Wren, autor de *Beau Geste*.

La novela de capa y espada, en la mejor tradición de los mosqueteros de Dumas, *El prisionero de Zenda* o, sin ir más lejos, el capitán Alatriste sigue estando

en plena forma; y tus dos entregas de esta saga *Hasta que pueda matarte* han conseguido el aplauso de muchos lectores. ¿Te sientes cómodo en este género a menudo devaluado injustamente?

Muy cómodo. Soy un lector compulsivo desde los siete años y nunca he entendido por qué la buena literatura debe ser aburrida. Leer es romper cadenas, cadenas de tiempo y espacio que te impiden comprender a otras gentes y épocas. La aventura, además, es consustancial a la vida y desde este punto de vista, la capa y espada, la espada y brujería, la fantasía épica, la novela de aventuras, la ciencia ficción y demás géneros de eso que se ha llamado, con desdén, “literatura de evasión” son tan dignos, tan repletos de buena pluma, de personajes inolvidables, como la “novela contemporánea” o cualquier otro

género supuestamente “serio”. No hay géneros menores o mayores, hay, simplemente, buena o mala literatura y lo que las distinguen, realmente, es su capacidad o incapacidad para emocionar. Pues eso, emocionar, es la característica esencial de todo arte. Pues bien, estoy cómodo, me lo paso en grande escribiendo novelas de capa y espada con ambientación histórica muy cuidada, personajes complejos y, sobre todo, aventura a raudales.

Ya llevas una cada vez más amplia trayectoria como novelista, tu cara B no necesariamente opuesta a tu cara A del historiador. Y cada novela es una aventura en sí misma, pero ¿consideras quizá que *Tu sangre en mis manos* es tu novela más redonda? (A la espera de las que vengan en el futuro, claro está).

Voy madurando como escritor de novela. Es algo que voy notando y en ese madurar, cada vez me gusto más. Pero elegir novela... Eso es como pedirle a un goloso impenitente que elija entre el chocolate y la vainilla. Cada sabor tiene su aquel y cada novela te emociona a su manera. Pero bueno, te confesaré que, para mí, siendo objetivo, *Tu sangre en mis manos* supera a *Hasta que pueda matarte* y a otras novelas que he escrito y que, junto con *Pelayo*, me parece mi novela más redonda hasta la fecha. ¿Pero sabes qué? No me conformo: las que vengan, pondré toda mi voluntad y saber en ello, deben ser mejores aún.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Prólogo para un demonio
Prólogo para un corsario

PRIMERA PARTE.

EN EL PAÍS DE LOS LOCOS FURIOSOS

1. Para Guillermo
2. La serenísima traición
3. La puerta de la felicidad
4. Regreso al hogar
5. Las carcajadas del destino
6. En el país de los locos furiosos
7. Un combate que no cesa
8. La mirada del terror
9. Del destino y la fortuna
10. Equilibrios sobre la muerte
11. Las torres de Vatheia
12. La carga de los locos
13. Todo estalla

SEGUNDA PARTE.

LA JORNADA DE NAVARINO

14. De milagros y batallas
15. La sombra de Dios

16. El león, el santo y el dragón
17. La arena del reloj
18. El precipicio y el león
19. Los molinos de Corón
20. Las olas de la fortuna
21. Traidores y cañones
22. Castillos en el aire
23. El cabrón del destino
24. La hazaña de La Loba
25. He jurado matarte
26. La loca de la colina
27. Las razones secretas
28. Un príncipe en el barro
29. La última batalla
30. Las derrotas
31. Una no victoria

Epílogo

Nota histórica

Agradecimientos

Posfacio: La Monarquía y el teatro mediterráneo en el siglo XVI, por Hugo A. Cañete



DOSIER DE PRENSA

2. LA SERENÍSIMA TRAICIÓN

Esther sonríe al embajador veneciano. A sus ochenta y dos años es una mujer arrugada, bajita, gruesa y peligrosa; sí, sobre todo esto último. Pues ella es la *Kyra*, esto es, la encargada de comunicar a los hombres poderosos con la sultana, la intrigante Nurbanu, y con la favorita de su hijo, Murat, príncipe heredero, la joven y hermosa Safie; y puesto que ambas mujeres son dos temibles poderes en la sombra, quien controle sus comunicaciones con los embajadores y agentes de Venecia, España, Francia y demás reinos y potencias, será alguien con suma influencia y valiosa información. Alguien cuya amistad conviene cortejar y, sobre todo, alguien a quien sobornar.

Por eso está allí Barbaro, pues aunque la Serenísima República de Venecia es, en teoría, aliada de España y está en guerra con el Imperio otomano, nunca olvida que su verdadero interés es recuperar la buena voluntad del sultán.

—Os veo con buena salud, señor Marco Antonio —saluda Esther la *Kyra* con su voz extrañamente melodiosa, tanto que parece negar sus ocho décadas de vida y pertenecer a una joven y coqueta muchacha de apenas dos.

Marco Antonio sonríe con complicidad. Sabe que debe agradar a esta mujer vieja y marchita, pero extraordinariamente astuta y maliciosa; así que alarga la sonrisa mientras sopesa su respuesta.

—Mi salud es aceptable, aunque no tan buena como la vuestra. Parecéis más joven que la última vez que os visité —dice con untuosa amabilidad—. Me he permitido traeros un pequeño regalo.

Mientras lo dice, el veneciano se inclina y entrega a la anciana una cajita forrada de terciopelo negro.

Esther hace un mohín que, cincuenta años atrás, cuando era una bellísima belleza morena, habría turbado al embajador. Luego, con la prisa de una impaciente muchacha, abre la cajita y descubre en su interior una cadena de oro de la que pende un enorme zafiro. Es un hermoso obsequio, desde luego, pero Esther se valora mucho y piensa que Barbaro debería apresurarse a hacerlo y, sobre todo, debería demostrárselo con regalos más costosos. Para disimular su contrariedad, se entretiene en alisarse los pliegues del lujoso vestido de *çatma* de Bursa que luce y en el que se entremezclan el terciopelo, la seda y los hilos de oro y plata, de modo que cuando alza sus negros ojos, una chispa de malicia salta desde ellos.

—¿Sabéis, mi señor embajador? Me costó mucho convencer a la *haseki sultan* Nurbanu de que, a su vez, persuadiera al sultán para que no ordenara vuestro inmediato empalamiento cuando llegaron a Constantinopla las noticias de la derrota de Lepanto...

Barbaro traga saliva y siente que aquellos ojos negros, ojos de vieja taimada, sopesan hasta el último gramo de su veneciana alma, decidiendo si entretenerse en llevarlo a la muerte o divertirse manteniéndolo con vida.

—Esto es solo una fruslería —se apresura a decir—. Un orfebre de Venecia está en este preciso momento trabajando en algo mucho más digno de vos, mi señora Esther.

La anciana da entonces una divertida palmada, se pone en pie y, diminuta y arrugada, ensancha su sonrisa y da un paso hacia el embajador.

—En verdad, señor Marco Antonio, sois hombre prudente y sabio. Os auguro una larga vida. Dicen que tengo don para profetizar y espero que vos lo tengáis para elegir bien a los orfebres.

Barbaro agacha la cabeza y ruega en silencio que así sea, mientras busca argumentos y palabras que atenúen el disgusto de aquella terrible vieja que controla las comunicaciones entre los poderosos del mundo y el harén del sultán.

—Siempre estoy dispuesto a complaceros, señora y, a través de vos, a complacer a la *haseki sultan* Nurbanu, favorita del todopoderoso Señor del Horizonte, el sultán Selim, y madre del príncipe heredero Murat. ¿Acaso no accedí a conseguir del Senado de Venecia que, en secreto, permitieran que los emisarios del sultán tuvieran paso libre hasta Francia e Inglaterra? Si el rey Felipe o el papa tuvieran conocimiento de tal cosa, la Serenísima República se vería en serios apuros y en lo que a mí respecta, mi fortuna y mi prestigio personal se precipitarían al abismo. Pero, aunque asumí un gran riesgo, accedí, pues vuestras palabras son para mí como piedras tan preciosas como las que ahora engarza para vos el orfebre del que os hablé.

Esther asiente y sonríe. Pues saber cuándo dejar de apretar el cuello de una presa que se tiene entre las garras es un arte que toda política en la sombra debe dominar, y ella, bien lo sabe Dios, es la más diestra sombra de cuantas cobija el manto del sultán.

—Confío en vos y os agradezco vuestros esfuerzos y el riesgo que asumís. Pero no tenéis nada que temer. Nadie sabrá que Venecia, por vuestra mediación, nos ha ofrecido tan graciosa muestra de simpatía. Pero no basta con un gesto, así que escuchadme con atención.

Carraspea antes de continuar.

—Sé que, como ocurre con la *haseki sultan* Nurbanu, deseáis caminar aún más lejos si cabe, por la provechosa senda del acuerdo, hasta alcanzar la deseable meta de firmar un futuro y ventajoso acuerdo de paz entre la Serenísima y la Sublime Puerta. España debe quedarse sola frente al Gran Turco. Os aseguro que contáis con mi apoyo para tal fin, señor embajador. Simplemente se trata de que vos y yo encontremos la fórmula precisa para coronar tan beneficiosa empresa.

Y aquí, tras remarcar cada sílaba de la palabra «beneficiosa», la vieja se detiene largo rato mirando directamente a los ojos del atribulado Marco Antonio Barbaro.

5. LAS CARCAJADAS DEL DESTINO

Una hora más tarde, tras tirarse al mar para refrescarse, los tres, Andreas, Gregor y Miguel, suben a bordo de La Loba, la galera capitana del marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán, el Rayo de la Guerra y el hombre más diestro sobre las olas que parieran los tiempos y la tierra. Allí, tras atravesar la cubierta y subir a la carroza, se topan con Monteagudo y María.

—¿Te gustaría volver a casa por una temporada? —pregunta el capitán a Andreas.

El griego, todavía un poco aturdido por la borrachera, comienza a sonreír ante la pregunta, pero el semblante serio de su capitán le corta en seco.

—¿Es este vuestro maniota?

Andreas se gira hacia el hombre fuerte y maduro, de nariz ligeramente aguileña y cuello de toro, que acaba de hablar y que hasta entonces no había advertido: don Álvaro de Bazán que, flanqueado por el correo Gil de Andrade, comendador de la escuadra destacada en avanzada y por tres caballeros, uno de la Orden de Malta y dos de su séquito personal, destaca por su imponente presencia y por una sonrisa de esas que parecen decirle a uno que la vida ya no le puede sorprenderle.

—Este es, señor marqués de Santa Cruz. Os presento al señor soldado Andreas, del clan de los Morfakidis.

Don Álvaro examina a los tres que tiene delante: al escocés que trata de recomponerse un tanto, al morisco metido a soldado del rey de España y al griego que se tambalea aunque la mar está en calma.

—Bueno... —suspira entre divertido y malicioso—, cuando explique la misión que os encomiendo, se le pasará del todo lo poco que le queda de borrachera. De hecho, tengo para mí que aborrecerá el vino por una larga temporada.

No fue para tanto, pero casi: don Álvaro de Bazán los iba a enviar en una ligera fusta al país de Mani. ¿Para qué? Pues para meterse de lleno en los fuegos que se entretiene en encender el diablo.

Pero mientras Satán preparaba las llamas, don Álvaro de Bazán les reveló que los Papadopoulou, uno de los clanes maniotas que recibía oro del rey de España a cambio de hostigar a los turcos, le había enviado un mensaje urgente en el que se decía que los Morfakidis, el *genos* al que pertenecía Andreas, se había apoderado de dos extraños naufragos: una veneciana que insistía en fingirse griega y a la que habían encontrado encima un puñado de sospechosos papeles y un collar

que valía tanto como todo Mani al completo; y un calabrés con la boca desfigurada, que juraba y perjuraba que era un agente al servicio del rey Felipe y que exigía ser puesto en libertad.

Por supuesto, puesto que era un mensaje que procedía del país de Mani, en la urgente misiva que el *kapetános* de los Papadopoulou enviaba a don Álvaro de Bazán, también se pedía oro y armas a cambio del servicio que se le estaba prestando al ponerle al corriente de todos aquellos asuntos; de paso, dedicaba unas líneas a señalar que Mani era ahora como un avispero al que se ha propinado una buena patada: los clanes se habían enterado de lo del collar de rubíes que valía tanto como un gran tesoro y exigían a los Morfakidis su parte y estos, claro está, como buenos maniotas, no estaban dispuestos a repartir ni un puñado de mierda entre sus vecinos. Y por si una buena guerra entre clanes maniotas no fuera ya suficiente peligro, se deslizaba que el gobernador veneciano de los castillos de Porto Cagio y Pássavas, dos fortalezas situadas a pocas leguas del cabo Matapán y que dos años atrás, en 1570, los venecianos, con apoyo de los clanes maniotas, habían arrebatado a los turcos, mostraba un inusual y ansioso interés por liberar a la muchacha cautiva de los Morfakidis y exigir, por si fuera poco, que se le entregara también el valioso collar que la desdichada llevaba consigo cuando naufragó en las costas de Mani. Como los Morfakidis se negaban a tales pretensiones, los venecianos se aprestaban a enviar contra su pargospito una expedición que la destruiría y, de paso, se apoderaría de los cautivos y de la joya.

En fin, como alentadora conclusión, el *kapetános* del clan maniota aliado de España, los Papadopoulou, anotaba que un contingente de jenízaros también rondaba por las lindes de las tierras donde se elevaba la pargospito de los Morfakidis y que su capitán, un hombre implacable cuya galera había sido muy dañada por la misma tempestad que arrojó contra el cabo Matapán a la veneciana empeñada en que la tomen por griega y al calabrés que se desgañita afirmando que sirve al rey de España, se interesaba también por ellos exigiendo su entrega mientras reclamaba refuerzos al gobernador turco de Modón, para así poder conquistar la aldea fortificada de los Morfakidis.

—Como veis no os van a faltar aventuras ni enemigos. Será emocionante, en exceso, me temo —les dijo el marqués de Santa Cruz.

7. UN COMBATE QUE NO CESA

Mientras el horror y la pena rompen un alma, otras dos, hechas de hierro afilado, se miden a dos pasos de distancia. Pues Mehmet y Monteagudo están ya intercambiando estocadas, tajos y odio en medio de una vorágine en la que maniotas, jenízaros y españoles se matan con saña bajo el plomo inclemente que sobre ellos llueve desde los ventanucos y las almenas de la torre que domina la aldea.

Es una batalla sin cuartel. García, Teyo y Rodrigo, tres de los arcabuceros de Monteagudo, yacen muertos o moribundos y un cuarto, Juan Cobo, peleando como un león, logra recoger del suelo a su camarada malherido, Sancho, y echárselo sobre el hombro a la par que le descerraja un tiro de pistola al jenízaro que se les venía encima aullando como un loco. Un poco más allá, el otro Juan, Juan de Soto combate junto a Lope y Francisco contra una nube densa de enemigos. Los tres españoles, codo con codo, se van abriendo paso hasta sus camaradas, Cobo y el malherido Sancho, y así, todos juntos, paso a paso, herida a herida, enemigo derribado a enemigo derribado, se van abriendo paso hasta colocarse a la vera de María la Bailaora, que acaba de recargar su arcabuz, y de Miguel el Moro que, mugiendo como un toro, la defiende a espadas; mientras, Gregor de Gordon, cubriéndolos a ambos, hace desoladores molinetes con su descomunal *claymore*, descargándola sin descanso, amputando brazos, partiendo en dos a quien se atreve a cargar contra ellos o decapitando a cuantos se hallen a menos de tres pasos.

Es un buen momento para correr hacia la torre maniota. Pues los jenízaros los superan en número y los guerreros del clan Morfakidis, muerto su *kapetános*

y recogidas ya sus familias en la pargospito, se están retirando a toda prisa para refugiarse tras sus gruesos muros.

Monteagudo se impone sensatez. No es fácil, pues la sangre le hierve en las venas y Mehmet está tan cerca... El corazón, la mente, la puta alma, todos le piden seguir lidiando con el condenado jenízaro. Pero antes que hombre es capitán y los suyos, todos, hasta el último e incluida María, morirán en breve si no se ponen a resguardo.

—¡Que el diablo te lleve, cabrón! —ruge al fin a Mehmet, pues por el rabillo del ojo ha visto como Andreas se ha puesto en pie y, tomando entre sus brazos a su pequeña sobrina, corre ya hacia la torre de su clan para ponerla a salvo.

Es su momento. Uno breve, muy breve, que deberá aprovechar si quieren sobrevivir un poco más.

—¡A la torre! —ordena Monteagudo y, mientras lo hace, salta a un lado para dejar paso a los suyos y quedarse atrás cubriéndolos.

Y corren hacia la torre. Todos menos Monteagudo, Gregor y Miguel que, hombro con hombro, forman un muro de carne y acero que protege a sus camaradas y permite a Andreas alcanzar la torre. Desde el segundo piso y al reconocerlo de inmediato los atribulados defensores, pues Andreas se dirige a ellos en el dialecto griego de Mani, vuelven a bajar la escalera de mano que acababan de recoger; y por ella trepa ágilmente el maniota al servicio del rey de España, abrazando a la traumatizada niña que ahora es más que su sobrina. Tras él, suben ya Juan Cobo, cargando con el herido Sancho, luego van los demás arcabuceros y al fin se encarama María, tras hacer un nuevo disparo.

9. DEL DESTINO Y LA FORTUNA

Aún no amanece y Monteagudo es el único que permanece despierto. Pues allí arriba, en la almenada plata-forma de combate que corona la alta torre maniota, los dos vigías que debían permanecer de guardia, se han dejado vencer por la extenuación de un día de batalla y terror.

Él no duerme. El sueño es siempre un peligro. Sí, pues con el sueño vienen las pesadillas: las de los años encadenado al remo o metido en la oscura mazmorra de la Torre del Silencio; las que le traen la memoria de cien batallas repletas de horror; las que le muestran, una y otra vez, a su hermano pequeño yaciendo sobre el barro con la garganta abierta de lado a lado; la que de continuo aviva el terror que sintió cuando vio a María ahorcada de la rama de una encina... Pesadillas. Las tuyas. Pues desde hace años, muchos años, son parte inseparable de su ser.

Un hombre y sus pesadillas. ¿A eso se reduce todo? ¿A eso ha quedado menguada su existencia? En modo alguno. También tiene otras cosas: el amor de una mujer, la amistad sincera de buenos hombres como Lope de Figueroa, Andreas el Griego, Gregor de Gordon y Miguel el Moro; y también la honra, su honor, que ha sido otro «compañero» que nunca le ha faltado ni fallado. ¿Pero que le quedará de todo eso si no logra sacar con vida de esta torre a María y a sus amigos? La honra de haber logrado llevar aviso al marqués de Santa Cruz de la traición que en secreto prepara Venecia, ya no le bastaría; y saber eso, que no basta con el honor, con el deber cumplido, le añade otra muesca, otra más, a la dolorosa contabilidad de su conciencia.

Y no quiere enfrentarse a eso. Así que está allí: solo, antes de que el sol traiga la mañana, temiendo sus pesadillas y sopesando posibilidades que le permitan salir con bien de aquella encerrona.

Entonces, a oriente, la oscuridad se torna un reverberar de tenues resplandores y el horizonte ensiguída se colma con los rosáceos dedos de la aurora. Contemplando aquello, Monteagudo no puede reprimir una cansada sonrisa; pues, aunque sabe que ten-

drá pesadillas hasta el último de sus días, también tiene la certeza de que despertará de todas ellas.

A su lado, los dos guardias maniotas se desperezan y tratan de disimular que estaban profundamente dormidos y que, por lo tanto, sus vidas y las de sus familias dependieron no de su celo, sino de la vigilia de un extranjero. Monteagudo les permite creer que no se ha dado cuenta de su falta y, al volver los ojos hacia la aldea, advierte que los turcos solo han dejado en ella un contingente mínimo de sus fuerzas: son suficientes para mantener el asedio, sin duda, pero el grueso de la fuerza enemiga se ha retirado, prudentemente, a un olivar cercano, pues desde los viejos árboles se eleva el humo de las fogatas que así lo prueba.

—Eres un condenado lobo endemoniado —murmura para sí, entre dientes y teniendo que reconocer a su enemigo la astucia y habilidad guerreras que lo caracterizan.

Mehmet al-Rumi puede ser un perfecto hijo de puta, pero también es un excelente soldado.

Pensar en el jenízaro tuerto le hace hervir la sangre: creía haberlo matado, allá, bajo las aguas enrojecidas de Lepanto, pero sigue vivo y, contra toda esperanza, se han vuelto a encontrar.

«¿Por qué se complace Dios en esas cosas?», se pregunta. Aunque quizá no sea Dios quien se divierte, sino que puede que sea cosa del destino. Pero si el destino existe y actúa ajeno a la voluntad divina, debe de ser el cabrón más redomado de cuantos se divierten a costa del ser humano.

—Puesto que sigues vivo, maldito Mehmet, tendré que matarte de nuevo —concluye en un susurro afilado.

Justo en ese instante, los rosados del levante mueren acuchillados por los primeros rayos del triunfante sol que, de paso, le desvelan la cúpula de la diminuta iglesia bizantina situada al otro extremo de la aldea; y sobre ella, una cruz dorada alzándose sobre una grada de madera.

10. EQUILIBRIOS SOBRE LA MUERTE

Mehmet al-Rumi ya tiene el control del pueblo. Por supuesto, sabe que en la aldea ya no está el collar de Roxolana, pero, por si acaso los Morfakidis han sido tan necios como para dejárselo atrás, entra en la alta torre y la registra. Luego, concienzudo y justo antes de que la columna que comanda el *Kapudan Pachá* haga su entrada en el pueblo, ordena incendiarla.

Alta y negra es la columna de humo que se alza. Es un estandarte oscuro y bajo su negro flamear, hace su entrada Ulug Alí en las desoladas calles de la aldea de los Morfakidis, seguido por doscientos infantes *levandat*, trescientos jinetes *timariot* y doscientos jenízaros de Argel.

Lo espera Mehmet: serio, altivo y con la mano apoyada sobre la áurea empuñadura de su yatagán; a su alrededor, lo que queda de su tropa de jenízaros y corsarios de Berbería.

—Que Alá te bendiga y te colme de victorias, poderoso *Kapudan Pachá* —saluda Mehmet.

Ulug Alí le sonríe, porque aunque aquel tuerto endemoniado es el viudo yerno de su peor enemigo en la corte del sultán, el primer visir Sokullu Mehmet Pachá, siempre le han agradado los hombres duros e implacables; y este que tiene ante sí, ciertamente es el más valiente y despiadado de cuantos ha conocido en los últimos años. De hecho, tiene para sí, solo su añorado Dragut y él mismo lo superan en tales dones.

Pero Dragut está muerto: murió en Malta, siete años atrás, y los que afirman que vieron su fantasma entre los generales y oficiales que asistían al último consejo de guerra otomano que se celebró en Lepanto antes de partir a la batalla que terminó en desastre para el islam, son solo un puñado de viejas asustadas o de crédulos necios.

—Veo que no me esperabas —suelta Ulug a Mehmet, acompañando sus palabras con una aviesa sonrisa—. Pero yo también me quedé sorprendido al recibir tu mensaje de auxilio en Modón; y, como esos perros de la Liga Santa no se deciden a levar anclas en Corfú, me propuse hacer un poco de ejercicio y, ya de paso, darte una bonita sorpresa corsaria.

Mehmet admira a Ulug Alí. Lo conoció en Argel: con oro y con su protección, armó su galera roja, Soy Destrucción, dos ligeras galeotas y una atrevida fusta. Cuatro naves corsarias con las que hacer fortuna en Poniente y ofrecer así a su Ísmihan todo lo que ella se merecía: lujo, esplendor y prestigio como la esposa de un poderoso señor de los corsarios de Poniente.

Pero Ísmihan yace ahora bajo la tierra y, con ella, sus sueños de convertirse en un famoso y rico arráez corsario. Con ese pesar en el corazón, Mehmet le devuelve la sonrisa al antiguo corsario que ahora, como bey de Argel, conquistador de Túnez y *Kapudan Pachá*, es, sin duda, uno de los hombres más poderosos del imperio, lo que es tanto como decir del mundo. Lo que no está nada mal para un muchacho campesino de Calabria que fue hecho esclavo y que, a fuerza de valor y crueldad, se ha labrado un camino sangriento hacia la gloria.

—Siempre es un placer encontrarme ante tu presencia, poderoso señor. Más aún cuando me encuentro librando una batalla. ¿Acaso podría tener mejor ayuda que la que puede prestarme tu espada?

Ulug se atusa la barba para disimular su sonrisa. Ni a él, ni a Mehmet al-Rumi se les dan bien las salucionesuntuosas. Los dos vienen de muy abajo y están más hechos a hablar con soldados y corsarios que con cortesanos. Por eso, precisamente, se le enciende la llama de la sospecha; para ir avivándola, en vez de contestar de inmediato, se da tiempo para pensar rascándose por debajo del turbante las calvas que le dejó la tiña.

—Ciertamente no hallarás mejor ayuda que la mía y, por lo que veo, la necesitas urgentemente —termina por decir mientras echa un vistazo en torno suyo.

¿Qué ve? Las calles de la miserable aldea colmadas con los cadáveres de los hombres de Mehmet, la torre ardiendo y, a lo lejos, perdiéndose ya por la cresta de una loma, la columna de refugiados maniotas avanzando tenazmente hacia el sur.

Es el momento decisivo y Mehmet lo sabe. Pues en el rostro de piedra de Ulug Alí bullen preguntas, sí, de esas que te obligan a sopesar varias posibilidades, ninguna buena, y que se encargan de avivar sospechas.

—¿Por qué estabas atacando con tanto empeño esta paupérrima aldea? Está demasiado escondida, es demasiado pobre para que valga la pena hacerlo y demasiado fuerte como para que no tuvieras claro que te costaría muchos hombres coronar la empresa —inquire el *Kapudan Pachá*, suspicaz—. En suma, Mehmet, no tiene sentido que estés aquí. O por mejor decir, solo un oculto designio o la más grande estupidez, puede explicar que trataras de tomar este lugar dejado de la mano de Alá. Y puesto que no eres un necio, estás ocultando algo.

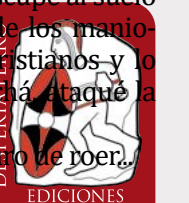
«Ya está», piensa Mehmet, «el muy zorro no ha tardado ni un instante en percatarse de que aquí hay mucho más de lo que se ve».

—Como siempre, poderoso señor, veis más que la mayoría de los hombres. —Y aquí hace una reverencia—. Me encontraba saqueando las costas de Creta cuando recibí noticia de que estabais reuniendo la gran armada del sultán en Navarino y, siguiendo vuestras órdenes al respecto, puse rumbo hacia allí. Entonces, no lejos del cabo Matapán, nos cruzamos con una saetía y como no se detuvo cuando se lo ordené y su proceder me pareció sospechoso, la perseguí. Pero Alá dispuso que el siroco soplara con fuerza y la saetía encalló y se fue a pique, y nosotros hubiésemos hecho otro tanto si no hubiésemos tenido a Alá de nuestra parte. Con mucha dificultad y apuro, logramos resguardarnos en el Canal del Muerto, a pocas millas de aquí; y como el proceder de la saetía me seguía inquietando, decidí dar una batida por tierra para ver si había habido algún superviviente del naufragio.

—¿Y lo hallaste?

—Solo hubo un superviviente, poderoso *Kapudan Pachá* de las flotas del sultán. Pero antes de que yo pudiera hallarlo, lo habían hecho los maniotas de esta aldea y cuando les ordené entregármelo para interrogarlo, se negaron diciendo que era un hombre del rey de España y que pretendían cobrar rescate por él. —Escupe al suelo para denotar su disgusto por la reacción de los maniotas—. Ofrecí entonces oro a esos perros cristianos y lo rechazaron. Por eso, poderoso Ulug Alí Pachá, atacó la aldea de estos infieles.

—Pero resultó un hueso demasiado duro de roer.



15. LA SOMBRA DE DIOS

Selim, el segundo de su nombre, es la sombra de Dios. Sí, y el Señor del Horizonte, Santo Califa, Gran Sultán, Gran Kan, César de los Romanos y muchas otras cosas que no recuerda cuando, como ahora, está agradablemente borracho y tendido sobre cojines de seda y brocado, sin poder fijar los ojos en ninguna parte y sintiendo que su cuerpo y su espíritu pueden flotar sin que la realidad los gobierne.

Pero ebrio o no, siempre hay algo que no olvida: él decide quién vive y quién muere, y también dictamina el destino de las naciones. Lo demás, el gobierno, los impuestos, los gastos e ingresos, los preparativos militares, la construcción de puentes y carreteras, los equilibrios entre religiones... el día a día de su imperio, lo deja en otras manos; pero lo esencial, la vida y la muerte y el destino de las potencias, eso nunca lo delega y él, Selim, decidió dos años atrás que Venecia debía someterse o morir.

Por eso, pese a los ruegos de su amada Nurbanu, se mantiene firme en su inicial resolución; y por eso le desagrada tanto que su primer visir, Sokullu Mehmet Pachá, y su mejor amigo, el banquero judío José Nasí, también sean tan insistentes en su deseo de lograr una paz por separado con Venecia.

No, no dará su brazo a torcer. ¿Tozudo? Puede, pero un sultán debe serlo, pues ¿acaso no sería una marioneta si no lo fuera?

En verdad, el único en quien ahora realmente confía es Ulug Alí, su *Kapudan Pachá*; un hombre tan testarudo como él y que, como buen renegado que es, no se muestra remilgado con el vino... Sí, le gusta el muladí y por eso lo nombró almirante de su flota; y también por eso, aunque Nurbanu insiste en que debe retirarle su favor, no lo hace.

Nurbanu. ¿La ama? La desea, que no es lo mismo pero es igual. O al menos para un hombre como él. ¿Y qué clase de hombre es? Nadie lo sabe y nadie lo sabrá, pero es un hombre cansado. ¿Podría ser de otra forma con la vida que llevó hasta ser proclamado sultán? Ser príncipe en Constantinopla es pensar, desde que tie-

nes uso de razón, que algún día, si no eres elegido heredero, tu hermano, aquel que sí haya sido designado para suceder a tu padre, ordenará tu muerte en cuanto sea proclamado nuevo sultán. ¿Se puede crecer con esa espada colgando sobre tu cabeza? Se puede, pero deja huellas: el miedo constante, la desconfianza de todos y a todas horas, la sensación de que no eres sino una herramienta en manos poderosas; manos como las de tu padre, para quien solo eres una posibilidad, un mero cálculo político, un mero engranaje dinástico, y no un hijo al que abrazar, al que amar, al que desearle futuro... Pues un sultán, ahora lo sabe, solo se debe a sí mismo y al imperio.

¿El resultado? Un hombre amargado, cansado de tanto miedo, de tanta noche despertándose sobresaltado al oír pasos furtivos que, de inmediato, cree que son los de los asesinos que su padre o su hermano han enviado para eliminarle discretamente.

Por todo eso, Selim ama el vino. Pues le permite olvidar los años de su infancia y juventud: los del miedo y la zozobra. Así que se revuelve en los cojines en busca de la jarra, pero no la encuentra...

Con dificultad, enfoca la mirada y, tras una breve inspección, ve la jarra de oro apoyada sobre una mesita de ébano incrustada de marfil y plata. Se arrastra hacia ella sobre los cojines y las alfombras, pues ponerse en pie sería vano, y alarga la mano temblorosa.

—Yo te lo serviré, amado mío.

Selim se sobresalta al escuchar la voz dulce de Nurbanu. No la esperaba ni debería estar allí... Aunque, claro, está tan borracho que puede que haya olvidado el haberla llamado.

En cualquier caso, ella le sirve una generosa copa de vino de Chipre y luego, tentadora, desnuda excepto por las perlas y gemas que la adornan, se tumba a su lado y se le ofrece.

Y Selim, un hombre cansado, comienza a pensar, caricia tras caricia, beso tras beso, que quizá no sea tan tozudo como pensaba.

16. EL LEÓN, EL SANTO Y EL DRAGÓN

Mientras Angela Dominica se exalta con la cercanía de su amada Venecia, Mehmet se inquieta cada vez más. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que afrontaron el paso del canal del Porto di Lido? Mira al cielo para averiguarlo y se sorprende al comprobar que el lucero del alba ya se retira y que, a oriente, los rosáceos dedos de la aurora tantean ya el hundido horizonte y arrojan sobre la laguna la promesa de una luz que aún se ayunta con las tinieblas.

—¡Mira! —exclama Angela Dominica sobresaltando al jenízaro, que, al verla erguirse y tensarse, se lleva la mano a la empuñadura de su yatagán.

Pero Angela no señala ningún peligro, sino una maravilla que apresa el corazón de la muchacha y que deja sin palabras a Mehmet en cuanto su ojo se posa en ella.

Pues del bajo horizonte de la laguna emergen dos altas y formidables columnas: la una coronada por un león alado, símbolo de San Marcos Evangelista, patrón de la ciudad, y la otra por un santo guerrero, san Teodoro, que fue el primer protector de Venecia y que se muestra dando muerte a un dragón. Son las dos columnas de la puerta San Marcos que comunica el mar con la plaza donde se alza la catedral y que forman un portal protector cuyos dos formidables pilares, dos antiguas columnas de granito gris, fueron traídas desde oriente en el siglo XIII como parte del botín allí logrado por los venecianos en las tierras con las que labraron la fortuna de su república.

—Cuentan que esas columnas y las esculturas que las coronan son antiquísimas. Hay quien dice que fueron labradas en los días de Alejandro Magno, quien afirma que en los de los antiguos romanos e, incluso, no falta quien se empeña en atribuir la labor del león a los siglos en que Ciro, Darío y Jerjes mandaron sobre los persas.

Angela Dominica se deja llevar por su pasión al describir a Mehmet lo que está viendo.

—En cualquier caso, lo que es cierto sin dejar duda alguna, es que mis antepasados las transportaron desde levante con gran esfuerzo. Miden cuarenta y tres pies de altura y pesan tanto que, durante décadas, no supieron cómo ponerlas en pie. Al cabo, lo lograron y ahora se alzan como símbolos de que Venecia está protegida por los cielos y como señal de que nuestro

poder se extiende sobre el mar y por los siglos, y de que seguirá haciéndolo así hasta la consumación de los tiempos —explica Angela Dominica.

No ha terminado de hablar cuando ya se perfila también, escapando de las sombras, la aún más alta y maciza silueta del Campanile: el campanario de la catedral de San Marcos y, al poco, deslumbrante, se ve la fachada del Palacio Ducal completando un conjunto monumental que parece ensueño más que obra de los hombres.

Pero Mehmet está fascinado con la columna de San Marcos: el alado león de bronce apoya sus garras sobre un bronceo libro y la pátina verdosa del metal comienza a despertar con los primeros susurros del amanecer. ¿Quién realizó aquella maravilla? Nadie lo sabe. La escultura, más antigua que Venecia, fue traída de Oriente y luego los venecianos añadieron las alas y el evangelio sobre el que apoya las zarpas, para luego subirla al granito sirio de la columna.

A su vera, la otra columna sostiene a un marmóreo san Teodoro que empuña la lanza con agresiva santidad para atravesar con ella al estilizado cocodri- lo que hace las veces de maligno dragón. La escultura fue también modificada por los venecianos que le sumaron una nueva cabeza, la lanza, el saurio y una armadura bizantina, por lo que el santo de mármol le recuerda a Mehmet las estatuas y mosaicos de la vieja Constantinopla.

—¡Y ahí tienes la Biblioteca Marciana! —apunta ahora, entusiasmada, Angela.

Y al hacerlo obliga a Mehmet a dejar de mirar a las columnas y a fijarse en un elegante edificio de mármol blanco y doble columnata, que hace monumental pareja con el Palacio Ducal que ahora, con la nueva luz vespertina que se va sumando en su fachada a las logias de sus mármoles rosados y blancos, luce en toda su gloria; y, paulatinamente, muestra pétreos encajes y tracerías, como queriendo decir que el gran edificio no es de este mundo, sino que está hecho de sustancia inmaterial, como de ensueño, para así poder flotar, ingrávido, sobre el relampagueante azul del mar.

—Amarraremos la barca en la *Riva* de los Eslavonios —dice entonces Angela, señalando a su maravillado compañero un muelle engalanado con postes pintados a franjas.

22. CASTILLOS EN EL AIRE

Don Juan de Austria vuelve a tenerlos a todos reunidos en la carroza de su galera. Allí, delante suyo y mirándolo atentamente, están Alejandro Farnesio, don Álvaro de Bazán, Andrade y los demás principales capitanes españoles; y compartiendo con ellos los bancos y sillas allí dispuestos, Soranzo, Foscarini y sus más destacados capitanes venecianos, así como los que manda Marco Antonio Colonna por orden del papa y los que capitanean las galeras de Malta.

La amplia lona de seda azul con la que se cubre la espléndida carroza, se agita un tanto sobre sus cabezas, pues el viento, que hoy llega del levante, es fuerte y tensa los cabos que la sujetan.

Como es su costumbre, don Juan mira a los ojos, uno por uno, a todos los asistentes al consejo antes de comenzar a hablar. Es su manera de aguardar al momento justo: el de concentrar en él toda la atención y mostrar que, por muy bastardo que sea, es el hijo de un emperador que dominó el mundo y que le metió en la sangre, la que corre por sus venas, el talento de saber mandar y batallar.

—La jornada de ayer demostró a las claras una cosa: los turcos nunca se dejarán tentar a dar batalla en mar abierta —declara con voz pausada, seria, sin dejar de barrer con la mirada a los presentes y deteniéndose, con especial severidad, en los rostros de los venecianos—. ¡Nunca! Y estamos a fines de septiembre. En unas semanas, dos o tres como mucho, tendremos mala mar y, con ella, o bien el peligro de irnos a pique por mor de las tormentas de otoño, o bien la imperiosa urgencia de poner proa a Corfú para dispersar la armada y dar por terminada la campaña.

Nueva pausa cargada de reproche e intensidad.

—¿Qué creéis que dirá entonces de nosotros la cristiandad? —pregunta remarcando cada sílaba—. Os lo diré. ¡La cristiandad toda se preguntará si nosotros somos los mismos héroes que vencieron en Lepanto y por cuya gloria repicaron las campanas de toda Europa, desde España a Suecia y desde Italia a Inglaterra! —exclama intensificando el reproche y tiñéndolo con rabia—. Y os daré la respuesta a esa pregunta que debería avergonzaros: si no vencemos, sin duda, dejaremos de ser los héroes que

batallaron con tanto valor y que obtuvieron la más grande victoria sobre el mar rojo de fuego y sangre.

Son palabras que ponen nerviosos a muchos hombres, varios de los cuales nerviosos son venecianos; y algunos de ellos, Soranzo y Foscarini, bajan los ojos y esconden las manos. Pues son marinos y soldados valientes a los que les gustaría poder cumplir con las órdenes del General de Cristo y marchar resueltos a la batalla, en vez de pasarse horas, días enteros, estorbando sus planes.

Pero Venecia obliga y ellos, ante todo, se deben a su patria; y la Serenísima les ha dado una orden secreta: velar, en lo posible, para que no se obtenga ninguna victoria decisiva y para que tampoco se encaje una desastrosa derrota. En suma, deben de hacer lo que se pueda para que los días pasen sin que nada serio se consiga.

Pero don Juan se lo está poniendo difícil. Pues sus palabras son como un martillo poderoso que cae sobre acero listo para ser forjado; y su juvenil rostro, iluminado por la pasión propia de todo buen caballero, es el recordatorio perfecto de que ellos, los capitanes de Venecia, serán señalados por la cristiandad y por la historia por su tibieza, y que, si algún día todo se descubre, también serán condenados por su oculta, alambicada traición.

—Yo no quiero dejar de ser uno de los héroes de Lepanto. ¡No quiero! —grita don Juan.

Lo deja bien patente estampando el puño contra la mesa que tiene ante sí.

—Y vosotros, todos vosotros, tampoco lo queréis, ¿verdad?

La pregunta, esta vez, no puede ser eludida y todos, todos por igual, asienten.

—Bien, pues entonces hay que forzar la entrada al puerto de Modón y aniquilar en él a la flota otomana —concluye.

Su tono pasa a uno que parece decirles que aquello, entrar en el puerto bajo cientos de cañones y abordar cientos de galeras enemigas, es, después de todo, lo más apetecible y sencillo del mundo.

Silencio. De esos que pesan como plomo recién fundido y vuelto a solidificar. Silencio y miradas de reojo buscando quien se atreverá a decir algo en contra del General de Cristo.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



Otros títulos de la colección Novela histórica



DOSIER DE PRENSA

